

# Resignación cristiana



*Charles H. Spurgeon*

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

## Resignación cristiana

Nº 2715

Sermón predicado la noche de un jueves a principios del año 1859 por Charles Haddon Spurgeon. En New Park Street Chapel, Southwark, Londres, (y seleccionado para lectura el Domingo 24 de Febrero de 1901).

*“No sea como yo quiero, sino como tú”*. — Mateo 26: 39.

Escribiendo con respecto a nuestro Señor Jesucristo, el apóstol Pablo dice: “Aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia”. Aquel que, siendo Dios, sabía todas las cosas, tuvo que aprender obediencia en el tiempo de Su humillación. Aquel que en Sí mismo es la Sabiduría Encarnada, condescendió a inscribirse en la escuela del sufrimiento para aprender allí esa importante lección de la vida cristiana: la obediencia a la voluntad de Dios. Y aquí, en el huerto de Getsemaní, ustedes pueden contemplar al divino Escolar que sale para practicar Su lección. La había estado aprendiendo a lo largo de toda Su vida, y ahora tiene que aprenderla una última vez en Su agonía y sudor sangriento y en Su terrible muerte de cruz. Ahora debe descubrir las mayores profundidades del sufrimiento, y debe llegar a la cima del conocimiento de la obediencia. Vean qué bien ha aprendido Su lección. Noten que se trata de un escolar sumamente completo y maduro. Ha cursado la clase más avanzada en esa escuela y ante la inmediata perspectiva de la muerte, puede decirle a Su Padre: “No sea como yo quiero, sino como tú”.

El propósito de este discurso es recomendarles el bendito ejemplo de nuestro Señor Jesucristo y, con la ayuda de Dios el Espíritu Santo, exhortarlos a que sean en todo semejantes a su gloriosa Cabeza y a que aprendan, por todas las providencias cotidianas que Dios se complace en prodigarles, esta lección de un sometimiento a la voluntad de Dios y de una entrega total a Él.



Leyendo recientemente ciertas obras de algunos autores que pertenecen a la iglesia de Roma, me ha impresionado el maravilloso amor que revelan por el Señor Jesucristo. En un tiempo, yo tenía la convicción de que era imposible que alguien fuera salvado en esa iglesia; pero, frecuentemente, cuando termino de leer los libros de esos santos varones, me he sentido como un enano a la par suya, y me he dicho: “Sí, a pesar de sus errores, estos varones deben de haber sido instruidos por el Espíritu Santo. A despecho de todos los males que han abrevado tan profundamente, estoy completamente seguro de que deben de haber tenido comunión con Jesús, pues de otra manera no habrían podido escribir como lo hicieron”. Tales escritores son escasos y surgen a grandes intervalos pero, aun así, aun dentro de esa iglesia apóstata hay un remanente de acuerdo a la elección de la gracia. Me encontraba leyendo el otro día un libro escrito por uno de esos autores, y me encontré con esta destacable expresión: “¿Acaso el cuerpo que tiene una Cabeza coronada de espinas habría de tener miembros delicados y temerosos del dolor? ¡Ni Dios lo quiera!” Este comentario me llegó directo al corazón. Consideré cuán a menudo los hijos de Dios rehúyen el dolor y el reproche y la censura, y piensan que es algo extraño que les sobrevenga alguna tribulación violenta. Bastaría que recordaran que su Cabeza tuvo que sudar como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra, y que su Cabeza estuvo coronada de espinas, para que no les pareciera nada extraño que los miembros de Su cuerpo místico tengan que sufrir también. Si Cristo hubiese sido una persona delicada, si nuestra gloriosa Cabeza hubiera estado reposando sobre una blanda almohada de tranquilidad, entonces los que somos miembros de Su Iglesia habríamos podido esperar que pasáramos por este mundo disfrutando de dicha y de comodidades. Pero si Él tiene que ser bañado en Su propia sangre, si las espinas deben horadar Sus sienes, si Sus labios tienen que quedarse resecos, y si Su boca tiene que ser calcinada como en un horno, ¿habríamos de escapar nosotros del sufrimiento y de la agonía? ¿Ha de tener Cristo una cabeza de latón pero unas manos de oro? ¿Ha de parecer como si Su cabeza reluciera en el horno y no hemos de relucir nosotros también en el horno? Aunque Él deba atravesar los mares del sufrimiento,

¿Hemos de ser llevados a los cielos,  
Sobre camas floridas de tranquilidad?

¡Ah, no! Debemos ser conformados a nuestro Señor en Su humillación, si es que hemos de ser semejantes a Él en Su gloria.

Entonces, hermanos y hermanas, tengo que predicarles sobre esta lección que algunos de nosotros hemos comenzado a aprender, pero de la que hasta ahora sabemos muy poco, y es la lección de decir: “No sea como yo quiero, sino como tú”. Primero, permítanme explicar el significado de esta oración; luego, quisiera exhortarlos, mediante razones, para que la conviertan en su constante clamor; a continuación, quisiera mostrarles cuál será el feliz efecto si se convierte en el deseo supremo de sus espíritus; y vamos a concluir con una pregunta práctica: ¿qué puede conducirnos a esta bendita condición?

I. Primero, entonces, ¿CUÁL ES EL SIGNIFICADO DE ESTA ORACIÓN? “No sea como yo quiero, sino como tú”.

No me voy a dirigir a aquellos cristianos que sólo son como enanos, que poco saben acerca de las cosas del reino. Más bien voy a dirigirme a quienes hacen negocio en las profundas aguas de la comunión, a quienes saben lo que es apoyar su cabeza en el pecho de Jesús y caminar con Dios como lo hacía Enoc y hablar con Él como lo hacía Abraham. Queridos hermanos míos, únicamente quienes son como ustedes pueden entender esta oración en toda su longitud y en toda su anchura. El hermano de ustedes que escasamente conoce todavía el significado de la palabra comunión, puede orar de esta manera en alguna débil medida; con todo, no se puede esperar que discierna toda la enseñanza espiritual que hay en estas palabras de nuestro Señor. Pero a ustedes que han sido instruidos por Cristo, a ustedes que se han vuelto escolares maduros en la escuela de Cristo puedo hablarles como a sabios. Juzguen lo que digo.

Si ustedes y yo decimos esta oración de todo corazón, y no la utilizamos como una mera fórmula sino que la decimos con una plena intención, debemos estar preparados para este tipo de experiencias: algunas veces, cuando estamos en medio del servicio más activo, cuando estamos sirviendo diligentemente a Dios tanto con nuestras manos como con nuestro corazón, cuando el éxito está coronando todas nuestras labores, el Señor nos arrumba, nos aparta de repente de la viña y nos arroja en el horno. Justo en el momento preciso cuando la iglesia pareciera necesitarnos más, cuando

las necesidades del mundo están implorándonos más, cuando nuestros corazones están llenos de amor por Cristo y por nuestros prójimos, sucede a menudo que, justo entonces, Dios nos derriba con una enfermedad o nos cambia de nuestra esfera de actividad. Pero si elevamos de todo corazón esta oración, tenemos que estar preparados a decir: “No sea como yo quiero, sino como tú”. Eso no es fácil, pues ¿no nos enseña el propio Espíritu Santo que hemos de anhelar el servicio activo para nuestro Salvador? Cuando Él pone en nosotros el amor por nuestro prójimo, ¿no nos constriñe, por decirlo así, a hacer de la salvación de ellos nuestra comida y nuestra bebida? Cuando está obrando activamente dentro de nuestros corazones, ¿no sentimos como si no pudiéramos vivir sin servir a Dios? ¿No sentimos, entonces, que trabajar para el Señor es nuestro más excelso reposo, y que bregar agotadoramente por Jesús es nuestro más dulce placer? ¿No pareciera entonces sumamente desquiciante para nuestro ardiente espíritu que nos veamos forzados a beber de la copa de la enfermedad y a ser incapaces de realizar activamente cualquier cosa para Dios? El predicador ve que los hombres son convertidos y que su ministerio está siendo exitoso pero, súbitamente, es obligado a dejar de predicar; o el maestro de la escuela dominical ha sido, por la gracia de Dios, el instrumento para llevar a su clase a una interesante y esperanzadora condición; sin embargo, justo cuando la clase necesita más de su presencia, él se ve derribado en tierra de tal manera que no puede proseguir con su trabajo. ¡Ah!, es entonces que el espíritu encuentra difícil decir: “No sea como yo quiero, sino como tú”. Pero si adoptamos esta oración, esto es lo que significa: que tenemos que estar preparados a sufrir en vez de servir, que tenemos que estar tan dispuestos a permanecer en las trincheras como a escalar los muros, que tenemos que estar tan dispuestos a ser arrumbados en el hospital del Rey como a luchar en medio de las filas del ejército del Rey. Esto es duro para carne y sangre, pero tenemos que hacerlo si presentamos esta petición.

Si decimos esta oración de todo corazón, habrá una segunda tribulación para nosotros. Algunas veces, Dios exigirá de nosotros que laboremos en campos adversos. Él hace que Sus hijos aren en la roca y que echen su pan sobre las aguas. Él envía a su Ezequiel a profetizar en un valle lleno de huesos secos, y a Su Jonás a llevar Su mensaje a Nínive. Él pide a Sus siervos que hagan un trabajo extraño, un trabajo que pareciera que nunca

será exitoso y que no redundará en honor ni de Dios ni de ellos mismos. No dudo de que haya algunos ministros que trabajan arduamente y que laboran con todo su vigor, pero que sólo ven escaso fruto. Muy lejos, en las oscuras tierras del paganismo, hay varones que han estado trabajando arduamente durante años pero que a duras penas han tenido un convertido que los anime. Aquí también, en Inglaterra, hay varones que predicán la Palabra del Señor con toda sinceridad y fidelidad y que, sin embargo, no ven conversiones de almas. Ellos saben que son para Dios un olor agradable de Cristo, tanto en los que perecen como en los que son salvos. Nuestros corazones, así confío, están tan llenos del Espíritu que nos incita a clamar como Raquel: “Dame hijos, o si no, me muero”, que no podemos contentarnos si no vemos el éxito de nuestras labores. No obstante El Maestro efectivamente nos dice: “No, les digo que continúen trabajando arduamente para Mí aunque no les dé ningún fruto por su labor; deben continuar arando sobre esta roca simplemente porque Yo les digo que lo hagan”. ¡Ah!, hermanos, es entonces que resulta difícil decir: “No sea como yo quiero, sino como tú”. Pero tenemos que decirlo; hemos de sentir que estamos dispuestos a renunciar incluso a la alegría de la cosecha y a la gloria del éxito, si Dios así lo quiere.

En otras ocasiones, Dios retira a Su pueblo de posiciones de un honorable servicio, y le da otras funciones que son sustancialmente inferiores en la opinión de los hombres. Yo pienso que para mí sería muy difícil ser desterrado de mi gran congregación y de los miles de mis oyentes, para ser trasladado a alguna pequeña aldea donde sólo pudiera predicar el Evangelio a un puñado de personas; con todo, estoy seguro de que si yo me adentrara plenamente en el espíritu de las palabras de nuestro Señor: “No sea como yo quiero, sino como tú” debería estar tan dispuesto a estar allí como aquí.

Me he enterado de que la obediencia que están obligados a prestar los jesuitas a sus superiores es de un carácter tan extraordinario, que, en cierta ocasión, al superior de la orden se le metió en la cabeza la loca idea de enviar de inmediato al presidente de una de sus universidades (que había escrito los libros más sabios en varios idiomas y que era un varón que poseía los más claros talentos) desde el país adonde se encontraba a Bath, para que permaneciera en la calle durante un año como un barrendero; y el

hombre así lo hizo. Se vio forzado a hacerlo; su voto le obligaba a hacer cualquier cosa que se le ordenara.

Ahora bien, es difícil hacer eso en un sentido espiritual, pero, con todo, es un deber cristiano. Recordamos el dicho de un buen hombre que afirmaba que los ángeles en el cielo están tan completamente sometidos a la obediencia a Dios que, si fuera preciso hacer dos trabajos, gobernar un imperio o barrer una calle, ninguno de los dos ángeles que fueran seleccionados para desempeñar ambas diligencias, tendría jamás alguna preferencia en el asunto, sino que dejaría que el Señor eligiera qué parte debía cumplir. Tal vez tú pudieras ser llamado a abandonar el cargo de ser el responsable de los servicios en algún lugar de adoración, para convertirte en uno los más humildes miembros en otra iglesia; pudieras ser tomado de un lugar de mucho honor, para ser colocado en el rango más bajo del ejército. ¿Estarías dispuesto a someterte a ese tipo de tratamiento? Tu carne y sangre dicen: “Señor, si puedo servir todavía en Tu ejército, hazme capitán, o, por lo menos, permite que sea un sargento, o un cabo del ejército. Si pudiera ayudar a tirar de tu carro, déjame ser el caballo que guíe, permíteme correr de primero en el equipo, deja que ostente los listones vistosos”. Pero Dios podría decirte: “Yo te puse en el fragor de la batalla y ahora te voy a poner en la retaguardia; te di vigor y fuerza para que lucharas con gran éxito y ahora voy a hacer que te quedes con el bagaje; voy a quitarte de la posición prominente y te usaré en otra parte ahora”. Pero con tal de que pudiéramos decir de corazón esta oración: “No sea como yo quiero, sino como tú”, estaríamos listos para servir a Dios en cualquier parte y de cualquier manera, siempre y cuando supiéramos que estamos cumpliendo Su voluntad.

Pero hay otra prueba que tendremos que soportar a nuestra medida, que demostrará si entendemos lo que Cristo quiso decir con esta oración. Algunas veces, en el servicio de Cristo hemos de estar preparados a soportar la pérdida de la reputación, del honor e incluso del propio nombre. Cuando vine a Londres por primera vez para predicar la Palabra, pensé que podía soportar cualquier cosa por Cristo; pero luego me vi vergonzosamente calumniado y me vi convertido en el blanco de todo tipo de falsedades, y en agonía me postré rostro en tierra delante de Dios y clamé a Él. Sentí como si eso fuera algo que yo no podía tolerar; mi reputación era algo muy

apreciable para mí, y no podía tolerar que se dijeran esas falsedades sobre mí. Entonces me vino este pensamiento: “Tienes que entregarle todo a Cristo, tienes que someter todo a Él: carácter, reputación y todo lo que tienes; y si es la voluntad del Señor, serás considerado el más vil de los viles, pero en tanto que permanezcas sirviéndole a Él, y tu carácter sea realmente puro, no tienes que temer. Si es la voluntad del Maestro que seas hollado y que escupan sobre ti todos los malvados de este mundo, simplemente tienes que soportarlo y decir: ‘No sea como yo quiero, sino como tú’”. Y recuerdo entonces cómo me puse de pie después de haber estado de rodillas, y cómo canté para mí esta estrofa:

Si sobre mi rostro, por Tu amado nombre,  
Llueven la vergüenza y el reproche,  
Saludo al reproche, y doy la bienvenida a la vergüenza,  
Siempre y cuando Tú me recuerdes.

“¡Pero cuán duro debe de haber sido” —dices— “sufrir la pérdida de tu reputación, y que se dijeran falsamente cosas perversas en tu contra por causa del nombre de Cristo!” ¿Y por qué fue tan duro? Pues bien, fue duro porque precisamente yo no había aprendido plenamente cómo presentar esta oración de nuestro Señor Jesucristo, y me temo que todavía no lo he aprendido por completo. Era algo muy deleitable que incluso nuestros enemigos hablaran bien de nosotros, y que fuéramos a través del mundo revestidos con tal santidad de carácter que los hombres que cubren de escarnio a toda la religión no pudieran encontrar fallas en nosotros; pero es algo igualmente glorioso que seamos puestos en la picota de la vergüenza, y que seamos apedreados por cada transeúnte y que seamos la canción del borracho y el objeto de escarnio del blasfemo, cuando no lo merecemos, y que soportemos todo eso por causa de Cristo. Ese es un verdadero heroísmo; ese es el significado de la oración de nuestro texto.

Además, algunos de ustedes han pensado algunas veces: “¡Oh, que el Maestro se complaciera en abrir una puerta para mí donde yo pudiera ser un instrumento para hacer el bien! ¡Cuán dichoso sería si pudiera tener ya sea más riquezas, o mayor influencia, o más conocimiento, o más talentos para poder servirle mejor!” Has orado y has meditado al respecto y te has dicho: “¡Con sólo que pudiera llegar a tal y tal posición, de qué manera tan



excelente sería capaz de servir a Dios!” Has visto que tu Señor da a algunos de Sus siervos diez talentos, pero a ti te ha dado sólo uno; entonces te has puesto de rodillas y le has pedido que fuera tan bondadoso de darte dos, pero Él te lo ha negado. O has recibido dos talentos, y le has pedido que te permitiera tener diez, y Él te ha dicho: “No, te daré dos talentos y nada más”. Pero tú dices: “¿No es acaso un deseo laudable que yo busque hacer más bien?” Ciertamente. Comercia con tus talentos y multiplícalos si puedes. Pero supón que no tuvieras poder de expresión, supón que no tuvieras ninguna oportunidad de servir a Dios, o incluso supón que la esfera de tu influencia fuera limitada, ¿qué pasaría entonces? Pues bien, debes decir: “Señor, yo esperaba que fuera Tu voluntad que tuviera una esfera más amplia; pero si no lo es, si bien quisiera servirte en una escala mayor, estaré muy contento de glorificarte en mi actual esfera más restringida pues me parece que hay una oportunidad para probar mi fe y mi resignación y repito: ‘No sea como yo quiero, sino como tú’”.

Varones cristianos, ¿están preparados para decir de corazón esta oración? Me temo que no hay ni un solo individuo entre nosotros que pudiera decir esta oración con toda la plenitud de su significado. Tal vez pudieran llegar tan lejos como yo he llegado; pero si Dios les tomara la palabra, y les dijera: “Mi voluntad es que tu esposa sea atacada por una fatal enfermedad, y que se doble y muera ante tus ojos cual lirio mortecino; que tus hijos sean alzados y sean estrechados contra mi pecho en el cielo; que tu hogar sea quemado con fuego; que te quedes sin un centavo, que seas un indigente dependiente de la caridad de otros; es Mi voluntad que atraveses el mar; que vayas a tierras distantes y que soportes durezas desconocidas; es mi voluntad que, finalmente, tus huesos permanezcan siendo blanqueados sobre la arena del desierto en algún clima extraño”. ¿Estás dispuesto a soportar todo eso por Cristo? Recuerda que no habrías captado el pleno significado de esta oración si no hubieras dicho: “Sí” a todo lo que significa; y mientras no recorras las máximas distancias a las que la providencia de Dios quiere que llegues, no habrás captado el pleno alcance de la resignación contenida en este clamor de nuestro Señor. Creo que muchos de los primeros cristianos se sabían esta oración de memoria; es maravilloso comprobar cuán dispuestos estaban a hacer cualquier cosa y a ser cualquier cosa por Cristo. Tenían metida en su cabeza la idea de que no debían vivir para sí, y también la tenían metida en su corazón, y ellos creían

que sufrir el martirio era el más excelso honor que podrían desear. Por consiguiente, si eran llevados a los tribunales de los jueces, nunca huían de sus perseguidores; casi cortejaban a la muerte pues pensaban que el más sublime privilegio que podrían tener era que fueran despedazados por los leones en la arena o que fueran decapitados por la espada. Ahora bien, con sólo que pudiéramos introducir esa idea en nuestros corazones, con qué valor nos ceñiríamos, cuán plenamente podríamos servir entonces a Dios, y cuán pacientemente podríamos soportar la persecución. Bastaría con que aprendiéramos el significado de esta oración: “No sea como yo quiero, sino como tú”.

II. En segundo lugar, HE DE INTENTAR DARLES ALGUNAS RAZONES POR LAS QUE SERÁ LO MEJOR PARA NOSOTROS QUE BUSQUEMOS TENER AL ESPÍRITU SANTO EN NUESTRO INTERIOR, PARA QUE PODAMOS POSEER ESA DISPOSICIÓN DE ÁNIMO Y DE CORAZÓN.

Y la primera razón es que es simplemente un asunto de derecho. Dios hace lo que place en todo momento, y yo no debo hacer lo que yo quiera si es contrario a Su voluntad. Si alguna vez mi voluntad tiene propósitos contrapuestos a los de la voluntad del Ser Supremo, lo correcto es que mi voluntad se sujete a la Suya. Si yo pudiera hacer lo que yo quisiera, si esta débil y pobre criatura que soy pudiera frustrar al Creador Omnipotente, estaría mal que lo hiciera. ¡Cómo! ¿Me creó Él y no hará lo que quiera conmigo? ¿Es Él como el alfarero y yo soy sólo como la arcilla, y la cosa formada habrá de decirle al que la formó: “Por qué me has hecho así?” No, Señor mío, es simplemente justo que hagas lo que te agrade conmigo, pues yo te pertenezco —yo soy Tuyo, Tú me formaste— Tuyo, pues Tú me compraste con Tu sangre. Si yo soy una joya comprada con la sangre preciosa de Jesús, entonces Él puede darme la forma que le agrade, puede pulirme como lo prefiera, puede dejar que permanezca en las tinieblas de un ataúd, o dejarme resplandecer en Su mano o en Su diadema; de hecho, puede hacer conmigo lo que quiera, pues soy Suyo; y en tanto que sé que lo hace, debo decir: “Todo lo que Él haga es correcto; mi voluntad no se contrapondrá a Su voluntad”.

Pero, además, esto no es sólo un asunto de derecho, es un asunto de sabiduría para nosotros. Amado hermano, puedes estar seguro de que si pudiéramos cumplir nuestra propia voluntad, sería a menudo lo peor para nosotros en el mundo; pero dejar que Dios haga lo que quiera con nosotros, aun si estuviese en nuestro poder frustrarlo, es un acto de sabiduría de nuestra parte. ¿Qué es lo que deseo cuando anhelo que se haga mi voluntad? Deseo mi propia felicidad; bien, pero la alcanzaré con mucha mayor facilidad si dejo que Dios haga Su voluntad, pues la voluntad de Dios es para Su gloria a la vez que para mi felicidad; entonces, por mucho que piense que mi propia voluntad tenderá a contribuir a mi comodidad y a mi felicidad, puedo tener la seguridad de que la voluntad de Dios es infinitamente más benéfica para mí que mi propia voluntad; y que, aunque la voluntad de Dios pudiera parecer oscura y sombría para mí en ese momento, con todo, de un aparente mal Él sacará un bien que nunca podría haber provenido de aquel supuesto bien tras el que mi débil y pusilánime juicio es propenso a correr.

Pero, además, supongan que fuera posible que se hiciera nuestra voluntad. ¿Acaso no sería una violación de esa confianza amorosa que Cristo muy bien puede exigir de nuestras manos: que confiemos en Él? ¿Acaso no somos salvados por confiar en nuestro Señor Jesucristo? ¿Acaso la fe en Cristo no ha sido el instrumento de mi salvación del pecado y del infierno? Entonces, definitivamente no debo huir de este gobierno cuando me encuentre en situaciones de tribulación y dificultad. Si la fe ha sido superior al pecado, por medio de la sangre de Cristo, ciertamente será superior a la tribulación, gracias al brazo todopoderoso de Cristo. ¿No le dije, cuando vine a Él por primera vez, que no iba a confiar en nadie sino sólo en Él? ¿No declaré que todas mis demás confianzas se habían roto y se habían quebrado y que habían sido esparcidas al viento? ¿Y no le pedí que me permitiera poner mi confianza únicamente en Él? ¿Y seré un traidor después de eso? ¿Erigiré ahora algún otro objeto sobre el que haya de poner mi confianza? ¡Oh, no!, mi amor por Jesús y mi gratitud a Él por Su condescendencia en aceptar mi fe, me obliga a confiar en Él y sólo en Él a partir de ahora.

Con frecuencia nos perdemos de la fuerza de una verdad por no hacerla palpable a nuestra propia mente; tratemos de hacer palpable esta verdad.

Imaginen que el Señor Jesús está visiblemente presente en este púlpito. Supongan que dirige Su mirada hacia alguno de ustedes y le dice: “Hijo mío, Mi voluntad y la tuya no coinciden en este momento; tú deseas tal y tal cosa, pero Yo te digo: ‘No; no has de tenerla’; ahora, hijo mío, ¿cuál voluntad ha de prevalecer: la Mía o la tuya?” Supongan que esa persona respondiera: “Señor, yo quiero que se cumpla mi voluntad”. ¿No crees que te miraría con ojos de una infinita tristeza y compasión, y te diría?: “¡Qué!, ¿acaso renuncié a Mi voluntad por ti, y no renunciarás tú a tu voluntad, por Mí? ¿Acaso entregué todo lo que tenía, incluso mi vida, por ti, pero tú, hijo caprichoso, dices: ‘He de tener estas cosas conforme a mi voluntad y en contra de Tu deseo y propósito, oh Salvador mío’?” Seguramente no podrías hablar así; más bien, creo que te veo caer de rodillas instantáneamente y decir: “Señor Jesús, perdóname por albergar esos pensamientos perversos; no, Señor mío, aunque fuese duro, yo lo consideraré placentero; aunque fuese amargo, voy a creer que el trago más amargo es dulce. Haz que te vea muriendo en la cruz por mí. Sólo hazme saber que Tú me amas, y sin importar dónde me pongas, estaré en el cielo en tanto que pueda percibir que Tu voluntad se cumple en mí. Estaré perfectamente contento de estar dondequiera que Tú elijas que esté, y de sufrir lo que Tú escojas que soporte”. Sí, queridos amigos, si erigiéramos nuestras voluntades en oposición a la Suya, eso demostraría una triste carencia del amor que debemos sentir por Cristo, y de la gratitud que Él merece.

Por tanto, amados amigos, por causa del amor, por causa de la sabiduría, por causa de lo recto, yo les imploro de nuevo que supliquen al Espíritu Santo que les enseñe esta oración de nuestro Señor Jesucristo y que les explique su bendito significado.

III. Noten, a continuación, EL EFECTO DE DECIR Y DE SENTIR VERDADERAMENTE: “NO SEA COMO YO QUIERO, SINO COMO TÚ”.

El primer efecto es una constante felicidad. Si quisieran descubrir la causa de la mayoría de sus aflicciones, caven junto a la raíz de la voluntad propia, pues allí es donde se ubica. Cuando su corazón ha sido enteramente santificado para Dios y su voluntad está enteramente sometida a Él, lo

amargo se vuelve dulce, el dolor se convierte en placer y el sufrimiento se torna en gozo. Cuando la voluntad de un hombre está enteramente sometida a la voluntad de Dios, no es posible que la mente de ese hombre se vea turbada. “Bien” —dirá alguien— “esa es una afirmación muy asombrosa”; y alguien más dirá: “yo he intentado realmente que mi voluntad se someta a la voluntad de Dios, y con todo, estoy turbado”. Sí, y eso sucede simplemente porque, aunque lo has intentado, igual que todos nosotros, no has alcanzado todavía el pleno sometimiento a la voluntad del Señor. Pero una vez que lo hayas alcanzado —me temo que nunca lo alcanzarás en esta vida— entonces estarás libre de todo lo que provoca tu aflicción o el desasosiego de tu mente.

Otro bendito efecto de esta oración, cuando es dicha verazmente, es que da al hombre valentía y santo valor. Si mi mente está plenamente sometida a la voluntad de Dios, ¿qué habría de temer en todo el mundo? A mí me sucede lo que sucedió con Policarpo; cuando el emperador romano lo amenazó con el destierro, Policarpo le respondió: “no puedes desterrarme, pues el mundo entero es la casa de mi Padre, y tú no puedes desterrarme de él”. “Pero te voy a matar”, le dijo el emperador. “No, no puedes matarme, pues mi vida está escondida con Cristo en Dios”. “Te voy a despojar de todos tus tesoros”. “No, no puedes hacerlo, pues no tengo nada que tú conozcas; mi tesoro está en el cielo, y mi corazón está también allá”. “Pero te voy a alejar de los hombres y te quedarás sin amigos”. “No, no puedes hacerlo, pues tengo un Amigo en el cielo de Quien tú no puedes separarme. Yo te desafío porque no hay nada que puedas hacerme”.

Y eso mismo puede decir siempre el cristiano una vez que su voluntad está de acuerdo con la voluntad de Dios. Puede desafiar a todos los hombres y puede desafiar al infierno mismo, pues es capaz de decir: “No puede pasarme nada que sea contrario a la voluntad de Dios y si es Su voluntad, también es mi voluntad. Si le agrada a Dios, me agrada a mí. Dios se ha complacido en darme parte de Su voluntad, así que estoy satisfecho con lo que me envíe”.

El hombre, después de todo, es sólo la segunda causa de nuestras aflicciones. Tal vez un perseguidor le diga a un hijo de Dios: “Puedo afligirte”. “No, no puedes, pues tú dependes de la grandiosa Primera Causa,



y Él y yo coincidimos”. ¡Ah!, queridos amigos, no hay nada que haga que los hombres sean tan cobardes como el hecho de que tengan voluntades contrarias a la voluntad de Dios; pero cuando nos ponemos enteramente en las manos de Dios, ¿qué hemos de temer? Lo que hizo que Jacob se acobardara cuando Esaú vino para reunirse con él fue que no estaba sometido a la voluntad de Dios. Dios había dicho de antemano que el mayor de los dos hijos de Isaac serviría al menor; Jacob tenía el deber de creer eso y de seguir valientemente adelante con sus esposas y con sus hijos, y el deber de no inclinarse ante Esaú, sino de decirle: “La promesa es que el mayor servirá al menor; por tanto, yo no voy a inclinarme delante de ti; a ti te corresponde postrarte delante de mí”. Pero el pobre Jacob dijo: “Tal vez sea la voluntad de Dios que Esaú me venza y me hiera la madre con los hijos; pero mi voluntad es que no sea así”. La confrontación en el vado de Jaboc ha sido descrita muy bien; pero si Jacob no hubiera dudado de la promesa de Dios, nunca se habría postrado siete veces, rostro en tierra, delante de su hermano Esaú. Habría dicho en la santa majestad de su fe: “Esaú, hermano mío, tú no puedes hacerme ningún daño, pues tú no puedes hacer nada que sea contrario a la voluntad de Dios. Tú no puedes hacer nada que sea contrario a Su decreto, y yo estaré complacido con lo que sea”.

Entonces, este sometimiento a la voluntad de Dios proporciona, primero, gozo en el corazón, y luego otorga un intrépido valor; y con todo, hay otra consecuencia. Tan pronto como alguien dice verazmente: “No sea como yo quiero, sino como tú”, esta resolución tiende a aligerar cada deber, a facilitar cada prueba y a endulzar cada tribulación. No deberíamos sentir nunca que es algo difícil servir a Dios; sin embargo, hay muchas personas que, si hacen alguna pequeña cosa para el Señor, piensan que han hecho mucho; y si hay algo grande que deba realizarse, primero es preciso suplicarles muy insistentemente para lograr que lo hagan; y cuando lo hacen, muy a menudo lo hacen tan mal que uno se siente medio arrepentido de haberles pedido que lo hicieran. Una gran cantidad de personas hace que parezca algo grande lo que realmente es muy pequeño. Toman una buena acción que han realizado, y la martillan hasta que se convierte en algo tan delgado como una lámina de oro, y luego piensan que pueden cubrir con esa única buena acción una semana entera. Todos los siete días serán

glorificados por una acción cuya realización sólo tomó cinco minutos; bastará con creces, piensan, incluso para cubrir todo el tiempo venidero.

Pero el cristiano cuya voluntad es conforme a la voluntad de Dios, dice: “Señor mío, ¿hay algo más que pudiera hacer? Entonces, lo haré con mucho gusto. ¿Implica eso falta de descanso? Yo lo haré. ¿Involucra pérdida de tiempo en mi negocio? ¿Implica para mí, algunas veces, trabajo pesado y fatigoso? Señor, se hará, si es Tu voluntad, pues Tu voluntad y la mía están en completo acuerdo. Si es posible, yo lo haré; y estimaré todas las cosas como pérdida para ganar a Cristo, y ser hallado en Él, regocijándome en Su justicia y no en la mía propia”.

IV. Esta renuncia produce otros muchos benditos y benéficos efectos. Pero he de concluir observando que LA ÚNICA MANERA EN LA QUE PUEDE SER ALCANZADO ESTE ESPÍRITU ES POR LA UNCIÓN DEL SANTO, es por el derramamiento y por la morada del Espíritu Santo en nuestros corazones.

Puedes tratar de sojuzgar a tu propio yo, pero nunca lograrás hacerlo solo. Puedes trabajar arduamente a través de la abnegación para reprimir tu ambición, pero encontrarás que adopta otra forma y que crece apoyada en lo que tú pensabas que la envenenaría. Podrías buscar concentrar en Cristo todo el amor de tu alma, y en el propio acto descubrirás que el yo se introduce furtivamente. Algunas veces me asombro —y sin embargo no me quedo asombrado cuando conozco el mal de mi propio corazón— cuando atisbo en mi interior y encuentro que, en el preciso instante en que pensaba que mi motivo era el más puro, era muy impuro; y me parece que a ustedes les sucede lo mismo, queridos amigos. Ustedes realizan una buena acción, dan alguna caridad a los pobres, tal vez, y dicen: “lo haré sin que se sepa”. Alguien habla de eso, y tú le comentas al instante: “hubiera preferido que no hablaras de eso; no me gusta que se hable de lo que yo he hecho; me hace daño”. Tal vez sólo sea tu orgullo el que te induce decir que te hace daño, pues para algunas personas su modestia es su motivo de orgullo; de hecho, su orgullo secreto es hacer el bien sin que la gente lo sepa. Se glorían en ese supuesto sigilo, y cuando su acción llega a ser conocida, sienten que su modestia se deteriora, y les da miedo que la gente diga: “Ah, ya ven que se sabe lo que hacen; realmente no realizan en secreto sus

buenas acciones”. Así que incluso nuestra modestia puede constituir nuestro orgullo; y lo que algunas personas consideran que es su orgullo pudiera ser la voluntad de Dios y pudiera constituir una modestia real. Renunciar a nuestra propia voluntad es un trabajo muy duro, pero es posible hacerlo y esa es una de las lecciones que deberíamos aprender de este texto: “No sea como yo quiero, sino como tú”.

Además, si hubiera alguien de quien estás un poco envidioso —tal vez un ministro que te arrebató un poco de brillo porque predica mejor que tú, o un maestro de la escuela dominical que es más exitoso en su obra— convierte a esa persona en particular en el objeto de tu más persistente oración, y esfuérzate hasta donde te sea posible por incrementar la popularidad y el éxito de esa persona. Alguien pregunta: “Pero, ¿puedes llevar a la naturaleza humana hasta ese punto? ¿Se puede intentar exaltar al propio rival?” Queridos amigos míos, nunca conocerán el pleno significado de esta oración mientras no hubieren intentado hacer eso y buscar de hecho honrar a su rival más que a ustedes mismos; ese es el verdadero espíritu del Evangelio: “En cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros”. Algunas veces me ha parecido que es un trabajo muy difícil, he de confesarlo, pero me he ejercitado para lograrlo. ¿Puede hacerse eso? Sí, Juan el Bautista lo hizo; dijo acerca de Jesús: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”. Si le hubiesen preguntado a Juan si deseaba crecer, habría respondido: “Bien, me gustaría tener más discípulos; aun así, si es la voluntad del Señor, estoy muy contento de menguar, y que Cristo crezca”.

Por tanto, ¡cuán importante es que aprendamos cómo podemos alcanzar este estado de aquiescencia con la voluntad de nuestro Padre celestial! Les he dado las razones para ello, pero, ¿cómo puede hacerse? Únicamente por la operación del Espíritu de Dios. En cuanto a la carne y sangre, no te ayudarán en lo más mínimo, más bien irán en contra; y cuando piensas que, seguramente, tienes a carne y sangre bajo control, descubrirás que llevan una ventaja sobre ti cuando creías que los estabas venciendo. Pídele al Espíritu Santo que more en ti, que habite en ti, que te bautice, que te sumerja en Su sagrada influencia, que te cubra, que te entierre en Su sublime poder; así, y sólo así, cuando estés completamente sumergido en el Espíritu, y hundido, por decirlo así, en el mar rojo de la sangre del Salvador, serás conducido a darte cuenta del significado de esta gran oración: “No sea

como yo quiero, sino como tú”. “Señor, no el ego, sino Cristo; no mi propia gloria, sino Tu gloria; no mi engrandecimiento, sino el Tuyo; es más, ni siquiera mi éxito, sino Tu éxito; no la prosperidad de mi propia iglesia, o de mi propio yo, sino la prosperidad de Tu iglesia y el incremento de Tu gloria; que todo sea hecho como Tú quieres, y no como yo quiero”.

¡Cuán diferente es esto de todo lo que está vinculado con el mundo! He tratado de llevarlos a una alta elevación; y si han sido capaces de subir hasta allá, o incluso si han quedado jadeantes después de intentar llegar allá, ¡cuán sorprendente ha sido el contraste entre este espíritu y el espíritu del mundano! No les diré nada a los que son inconversos, excepto esto: dense cuenta de cuán en contra están de lo que Dios quiere que sean, y de lo que han de ser, antes de que puedan entrar en el reino de los cielos. Ustedes saben que no podrían decir: “Que Dios haga Su voluntad”, y ustedes saben también que no podrían humillarse para convertirse en un pequeño niño. Esto demuestra su profunda depravación; entonces, ¡que el Espíritu Santo los renueve, pues tienen necesidad de ser renovados para que puedan ser convertidos en nuevas criaturas en Cristo Jesús! ¡Que Él los santifique enteramente, espíritu, alma y cuerpo y que al final los presente sin mancha delante del trono de Dios, por causa de Su amado nombre! Amén.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read "C. H. Anderson", is centered on the page. The signature is fluid and cursive, with a prominent initial "C" and a long, sweeping tail.